

## XXI

DEBERIA EMPEZARSE SIEMPRE POR PRENDER  
Á LAS VÍCTIMAS

Al anochecer, varios agentes de policía se habían apostado, bajo la dirección de Javert, emboscándose él mismo también detrás de los árboles de la calle de la Barrera de Gobelins que da frente á la casucha Gorbeau, por el otro lado del boulevard. Había él comenzado por tender « su red », á fin de atrapar en ella á las dos muchachas encargadas de vigilar las cercanías de la casucha. Pero no había « embaulado » sino á Azelma. Por lo que hace á Eponina, no estaba en su puesto, había desaparecido, y no había podido echarla el guante. En seguida Javert se puso en acecho, aplicando bien el oído á la señal convenida. Las idas y venidas del fiacre le habían agitado mucho. Por último, llegó ya á impacientarse, y, *seguro de que allí había un nido*, persuadido de « su buena estrella »,

habiendo reconocido á varios de los bandidos que habían entrado, concluyó por decidirse á subir sin esperar á que sonara el pistoletazo.

El lector recordará que él tenía el llavín de Marius.

Y á fe que llegó á punto.

Los bandidos, azorados y despavoridos, se precipitaron sobre las armas que habían abandonado en todos los rincones en el momento de evadirse. En ménos de un segundo, aquellos siete hombres, espantosos al verlos, se agruparon en actitud de defensa, el uno con su destral, el otro con su llave, el otro con su garrote, los otros en fin con sus tijeras, compases, tenazas y martillos; Thénardier tenía empuñado su enorme cuchillon. La Thénardier echó mano también á un grande adoquín que se hallaba en un rincón de la ventana y servía de taburete á sus hijas.

Javert se puso el sombrero, y dió dos pasos en el interior de la pieza, con los brazos cruzados, el bastón bajo el sobaco, y la espada en la vaina.

— ¡Alto ahí! gritó. No pasarán ustedes por la ventana, sino que pasarán por la puerta. Es ménos expuesto. Ustedes son siete, y nosotros somos quince. No nos pongamos á luchar ni andemos á trompazos como unos gallegos. Tengamos juicio, señores.

Bigrenaille sacó una pistola que llevaba oculta bajo su blusa y la puso en manos de Thénardier diciéndole al oído:

— Es Javert. Yo no me atrevo á disparar contra ese hombre. ¿Te atreves tú?

— ¡Pardiez! contestó Thénardier.

— Pues bien, tírale.

Thénardier tomó la pistola, y la asestó contra Javert.

Javert, que se hallaba á tres pasos de distancia, le miró fijamente y se contentó con decirle:

— ¡Anda, no tires! tu pistola va á dar higa.

Thénardier apretó el gatillo, y en efecto, marró el tiro.

— ¿No te lo decia yo? le repuso Javert.

Bigrenaille depositó su maza á los piés de Javert, diciendo :

— ¡Tú eres el emperador de los diablos! me rindo.

— ¿Y vosotros? preguntó Javert á los demas bandidos.

Respondieron todos :

— Nosotros tambien.

Javert repuso con calma :

— Eso es, está bien, ya lo decia yo, que tendrian juicio.

— Yo no pido más que una cosa, dijo Bigrenaille, y es que no me priven de tabaco miéntras que esté inco-  
municado.

— Concedido, dijo Javert.

Y volviéndose y llamando detras de él :

— ¡Entrad ahora! dijo.

Una escuadra de agentes de policia, espada en mano, y de alguaciles, armados de mazas, de macanas y de gar-  
rotos, se precipitó en la covacha al llamamiento de Ja-  
vert. En seguida ataron á los bandidos bien agarrotados.  
Aquel grupo de hombres, apénas alumbrados por una  
vela de sebo, llenaba de sombra la guarida.

— ¡Las esposas á todos! gritó Javert.

— ¡Acercarse aquí un poco, si os atrevéis! berreó  
una voz que no era voz de hombre, pero de la cual nadie  
habria podido decir : Es una voz de mujer.

La Thénardier se habia atrincherado en uno de los  
rincones de la ventana, y ella era quien acababa de dar  
aquel berrido.

Los agentes de policia y los alguaciles retrocedieron.

Se habia ella quitado su manton pero quedándose con el  
gorro puesto; su marido, acurrucado detras de ella, desapa-  
recia casi enteramente entre el pañolon que habia caido  
en el suelo, y ella procuraba cubrirle con su cuerpo, levan-  
tando el adoquin con ambas manos por encima de su ca-

beza, con el bamboleo de una gigante que va á lanzar  
una roca.

— ¡Cuidado conmigo! gritó aquella pantera.

Todos se replegaron hácia el corredor, haciéndose un  
gran vacío en medio del desvan.

La Thénardier dirigió una furiosa mirada á los bandi-  
dos que se habian dejado agarrotar, y murmuró con un  
acento gutural y ronco :

— ¡Cobardes!

Javert se sonrió y avanzó en el espacio vacío que la  
Thénardier cobijaba con sus dos ardientes pupilas.

— ¡No te acerques! vete de aquí, gritaba aquella furia,  
¡ó te estrello!

— ¡Qué granadero! dijo Javert; abuela, tú tienes barba  
como un hombre, pero yo tengo garras como una mujer.

Y continuó avanzando.

La Thénardier, desgreñada y terrible, apartó las pier-  
nas, se inclinó hácia atras, y lanzó desatinada el peñasco  
á la cabeza de Javert. Javert se agachó, el adoquin pasó  
por encima de él, sin tocarle, fué á dar contra la pared  
del fondo, en la cual hizo derribar una porcion de cas-  
cote, y vino, dando rebotes de esquina en esquina, por  
en medio de la covacha, afortunadamente casi vacía, á  
morir junto á los talones de Javert.

En este mismo instante llegaba Javert adonde estaba la  
pareja de los Thénardier. Una de sus manazas se apoyó en  
el hombro de la mujer y la otra en la cabeza del marido.

— ¡Las esposas! gritó.

Entraron varios hombres de la policia, y en algunos  
segundos fué ejecutada la órden de Javert.

La Thénardier, abatida y humillada, miraba sus ma-  
nos agarrotadas y las de su marido, se dejó caer en tierra  
y exclamó llorando

— ¡Mis hijas!

— Están á la sombra, dijo Javert.

Entre tanto los agentes habian descubierto al borracho adormecido detras de la puerta y le sacudian. El borracho despertó diciendo entre dientes :

— ¿Ha concluido ya todo, Jondrette?

— Sí, contestó Javert.

Los seis bandidos amarrados se hallaban de pié; por lo demas, aún tenian todos ellos sus caras de espectros; tres tiznados y los otros tres enmascarados.

— Conservad vuestras caretas, dijo Javert.

Y pasándoles revista, con la mirada de un Federico II en la parada de Potsdam, dijo á los tres « fumistas » :

— Buenas noches, Bigrenaille. Buenas noches, Brujon. Buenas noches, Deux-Milliards.

Y en seguida, volviéndose hácia los tres enmascarados, dijo al hombre del destal :

— Buenas noches, Gueulemer.

Y al hombre del garrote :

— Buenas noches, Babet.

Y por último, al ventrilocuo :

— Salud, Claquesous.

En este momento, distinguió al prisionero de los bandidos, quien, desde que entraron los agentes de policia, no habia pronunciado ni una sola palabra, permaneciendo siempre con la cabeza baja.

— ¡Desatad al señor! dijo Javert, y que nadie salga!

Dicho esto, se sentó soberanamente junto á la mesa, donde habia quedado aún el tintero y la vela, sacó del bolsillo un pliego de papel sellado, y principió á extender el proceso verbal.

Luégo que hubo escrito las primeras lineas, que no son sino fórmulas, siempre las mismas, levantó los ojos y dijo

— Haced que se aproxime aquí ese caballero á quien estos hombres tenian atado.

Los agentes miraron en deredor.

— Y bien, preguntó Javert. ¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Leblanc, el señor Urbano Fabre, el padre de Úrsula ó de la Calandria, habia desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero la ventana no lo estaba. Luégo que se vió desatado y libre, mientras que Javert extendia el acta, se habia aprovechado de la confusion, del tumulto, de la obstruccion y embarazo de tanta gente, de la oscuridad, y de algun instante en que nadie fijaba su atencion en él, para arrojarle por la ventana.

Un agente se dirigió al punto hácia aquella, desde la cual miró afuera, pero sin que pudiera divisar á nadie.

La escala de cuerda estaba moviéndose aún.

— ¡Diablos! dijo Javert entre dientes, ese debia ser el mejor!

## EL NIÑO QUE LLORABA EN EL TOMO SEGUNDO

El día siguiente al en que tuvieron lugar estos sucesos en la casa del boulevard del Hospital, un muchacho, que parecía venir del lado del puente de Austerlitz, subía por la avenida lateral de la derecha, en la dirección de la barriera de Fontainebleau. Era ya noche oscura. Aquel muchacho estaba pálido, delgado, vestido de andrajos, con un pantalon de lienzo en el mes de Febrero, é iba cantando á gritos.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, estaba una vieja encorvada revolviendo y escarvando un monton de basura á la luz del farol; el chico tropezó en ella al pasar, y retrocedió exclamando :

— ¡ Toma! y yo que habia tomado esto por un enorme, un enorme perro!

Y pronunció esta palabra enorme la segunda vez, con

un rugido de voz zumbona y chocarrera, que podremos expresar bastante bien por medio de mayúsculas : un enorme, ENORME perro!

La vieja se enderezó furiosa.

— Diantre de bicho! gruñó la mujer. Si no hubiera yo estado agachá, de seguro que te habria sacudido una buena pata!

El muchacho se hallaba ya á distancia.

— ¡ Tus! tus! dijo el chico. Con todo, quizas yo no me he equivocado.

La vieja, sofocada de indignacion, se incorporó enteramente, y el resplandor rojizo del farol alumbró de lleno su rostro lívido, poblado todo él de ángulos y de arrugas, con las llamadas patas de ganso que parten de los ojos llegándole hasta las extremidades laterales de la boca. El cuerpo se perdía en la sombra, no dejando ver sino su cabeza. Diríase que era la máscara de la Decrepitud truncada por un resplandor en el fondo de la noche. El muchacho se puso á considerarla.

— Señora, dijo, usted no tiene el género de belleza que á mí me convendría.

Y prosiguió su camino, volviendo á entonar su canto :

El rey Coupdesabot  
Se iba de caza,  
Á la caza de cuervos, etc.

Al concluir estos tres versos, se interrumpió. Había llegado frente al número 50-52, y hallando cerrada la puerta, empezó á llamar dando en ella fuertes patadas, patadas retumbantes y heroicas, las cuales revelaban, más bien que los piés de niño que él tenía, los zapatos de hombre que llevaba puestos.

Entre tanto, aquella misma vieja á quien habia encon-

trado en la esquina de la calle del Petit-Banquier acudia detras de él dando gritos descompasados y prodigando desmesurados gestos.

— ¡Qué es eso! ¡qué viene á ser eso! ¡Ave María purísima! ¡hundén la puerta! ¡derriban la casa!

Y las patadas continuaban cada vez más fuertes.

La vieja se desgañitaba.

— ¡Es que ahora se componen de esa manera los edificios!

De improviso se detuvo. Habia reconocido al *gamin*.

— ¡Cómo! es ese demonio!

— Toma, es la vieja de aquí, dijo el chico. Buenas noches, tío Bugonorom. Vengo á ver á mis antepasados.

La vieja contestó, con un gesto, ó con un puchero de circunstancias, admirable improvisacion del odio sacando partido de la caducidad y de la fealdad, que desgraciadamente se perdió en la oscuridad de la noche :

— No hay nadie, *chirlon sin lacha*<sup>1</sup>.

— ¡Vaya! repuso el chico, pues ¿dónde está mi padre?

— En la Force<sup>2</sup>.

— ¡Toma! ¿pues y mi madre?

— En San Lázaro<sup>3</sup>.

— Y bien, ¿y mis hermanas?

— En las Madelonettes<sup>4</sup>.

El muchacho se rascó detras de la oreja, miró á la señá Burgon, y dijo :

— ¡Ah!

En seguida giró média vuelta sobre sus talones, y un momento despues, la vieja, que se habia quedado à la

<sup>1</sup> Hablador sin vergüenza.

<sup>2</sup> Cárcel de hombres.

<sup>3</sup> Cárcel de mujeres.

<sup>4</sup> *Ídem*.

puerta de la casa, le oyó cantar con su voz clara y jóven, penetrando entre los álamos negros que zumbaban á impulsos del cierzo de invierno :

El rey Coupedéalx :

Se iba de caza,

À la caza de cuervos,

Sobre zancos monta<sup>4</sup>.

Al pasar debajo,

Se le pagaba dos sueldos.